

Colección Belvedere

**EL FANTASMA DE
CANTERVILLE
Y
OTROS CUENTOS**

Oscar Wilde

Traducción
Vicenta Sánchez

MERACOVIA


Primera edición: Marzo de 2025

Título original: *The Canterville ghost and other stories*

Título: El fantasma de Canterville y otros cuentos

© Oscar Wilde, 1887
© De la traducción: Vicenta Sánchez, 2025
© De la ilustración de la cubierta: Fernando Vicente, 2025
© Meracovia Editorial, 2025
Ptge. Riu Llobregat nº 13-15 2º 1ª
08917 Badalona (Barcelona)
www.meracovia.com

Diseño cubierta y maquetación: Núria Sancho Subirats
Correcciones: Meracovia Editorial

THEMA: FKC
ISBN: 978-84-121645-1-0
Depósito Legal: B.1908-2020

Impresión y encuadernación: Estugraf impresores, S.L., Ciempozuelos
Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91702 19 70 / 93 272 04 47).

*El hombre está más alejado de sí mismo cuando habla
a cara descubierta. Dale una máscara y te dirá la verdad.*

Oscar Wilde

PRÓLOGO

Isabel Castillo García

Óscar Wilde, nacido en Dublín en 1854 y fallecido en París en 1900, fue un irlandés de familia culta y acomodada que, a lo largo de sus 46 años de vida, exploró todos los géneros literarios. Sus obras reflejan su agudeza verbal, su amor por los clásicos y, a pesar de sus defectos, una profunda empatía por la humanidad, a menudo expresada con ironía.

Wilde fue un representante destacado del esteticismo, un movimiento que abogaba por la belleza como el más alto propósito del arte y cuya máxima expresión se encuentra en su famosa declaración: «*La vida imita al arte más que el arte imita a la vida*».

Sus cuentos, de los cuales podréis leer seis en esta edición, son buena muestra de todo ello. Los escribió entre 1887 y 1888, a su vuelta a Londres, tras una gira de conferencias por EE. UU.

El fantasma de Canterville. Una narración hilo-idealista, influida sin duda por esa gira, lanza dardos tanto a la aristocracia inglesa como a los nuevos ricos americanos, que representan respectivamente los valores del viejo mundo, la civilización y las antiguas creencias frente a los del nuevo mundo, la barbarie y la fe absoluta en el materialismo. Desde el tópico clásico *homo mensura* («el ser humano es la medida de todas las cosas»), a través de un fantasma, Wilde nos da la medida de todos sus personajes y nos recuerda que la única forma de encontrar la verdad está en el amor.

El crimen de Lord Arthur Savile. Un estudio sobre el deber, trata del tema de la profecía autocumplida, con ecos de *Edipo Rey* (influencia del oráculo) y *La vida es sueño*. ¿Es posible escapar al propio destino? Frente a Edipo, que intenta evitarlo y Segismundo, que cree en el libre albedrío, Lord Arthur se entrega a su sino, en una visión irónica de la vida indolente de la aristocracia británica que nos presenta de nuevo el tópico *homo mensura*: ¿qué diferencia a un héroe de un antihéroe?, ¿qué es

el deber? A este suma en esta ocasión el tópico del *theatrum mundi*: «El mundo es un teatro, pero la obra tiene un mal reparto». ¿Cumpliremos nosotros, lectores, bien con nuestro papel?

La denuncia social y la renuncia al amor propio por amor a los demás protagonizan *El príncipe feliz* y *El ruiseñor y la rosa*, que comparten como personaje a un pequeño pájaro y su *renuntiatio amoris*. El ruiseñor y el rosal son elementos naturales que representan al amor, la sensibilidad, la música, es decir, el arte, la magia y la fantasía, frente al carácter práctico y materialista de los seres humanos: «En estos tiempos ser práctico lo es todo».

En *El gigante egoísta* y *El amigo fiel* aparece el tema de la amistad, capaz de transformar *un locus infernus* en *locus amoenus* con su poder en el primer caso. Wilde usa la *narración-marco* en *El amigo fiel*: dentro del relato aparece otro relato contado por un pardillo a una rata de agua. Esta última actúa como crítico del relato del pardillo y de forma muy irónica nuestro autor nos hace ver que, tanto en cuestiones de amistad como en las literarias, el movimiento se demuestra andando.

Como sin duda habrás notado, son tres las aves que revolotean por estos seis relatos. Desde los orígenes de la Literatura, el pájaro ha simbolizado a los escritores, cantores y creadores de belleza, viajeros entre la tierra y el cielo, eternos testigos de la humanidad y su devenir desde lo alto. Con su vuelo en *El príncipe feliz*, sus gorjeos en *El ruiseñor y la rosa* y sus palabras en *El amigo fiel*, Óscar Wilde nos canta que el amor es más fuerte mientras nos muestra compasivo ese lado oscuro que también nos conforma. La música de sus palabras nos deja a veces pensativos y conmovidos y otras nos hace sonreír ante la visión de nuestras contradicciones. Ojalá disfrutes mucho con su lectura, que deja huella como la de los clásicos que tanto amó, pues es ya uno de ellos.

**EL FANTASMA
DE
CANTERVILLE**

CAPÍTULO I

Cuando el señor Hiram B. Otis, el ministro de Estados Unidos, compró Canterville Chase, todo el mundo le dijo que cometía una insensatez porque el lugar, sin duda, estaba embrujado.

Hasta el mismo Lord Canterville, hombre de la más estricta honradez, creyó que era su deber advertir al señor Otis sobre algunos asuntos cuando negociaban las condiciones de la compra.

—Ni nosotros mismos —dijo Lord Canterville—hemos querido vivir en este lugar desde que mi tía abuela, la duquesa de Bolton, sufrió un desmayo, del que jamás se repuso por completo, a causa del sobresalto que sufrió cuando dos manos esqueléticas se posaron sobre sus hombros mientras se vestía para cenar. Me siento en la obligación de comunicarle, señor Otis, que el fantasma ha sido visto por varios miembros de mi familia, que aún viven, así como por el rector de la parroquia, el reverendo Augustus Dampier, miembro del *King College* de Cambridge. Después del nefasto accidente que sufrió la duquesa, nadie del servicio quiso permanecer en la casa y Lady Canterville ya no pudo conciliar el sueño, a causa de los misteriosos ruidos que procedían del pasillo y de la biblioteca.

—Mi Lord —respondió el ministro—, adquiero los muebles y el fantasma incluido en el lote. Vengo de un país moderno en el que podemos tener todo cuanto el dinero es capaz de comprar. Nuestros jóvenes y perspicaces compatriotas, que recorren el viejo continente de juerga en juerga, se llevan a sus mejores actores y sus *prime donne*, estoy seguro de que, si aún quedara un verdadero fantasma en Europa, vendrían a buscarlo para exhibirlo en uno de nuestros museos públicos o en alguna feria ambulante.

—El fantasma existe, me temo —dijo Lord Canterville, sonriendo —, aunque quizá se resista a las ofertas de sus empresarios más intrépidos. Hace más

de tres siglos que se le conoce. Exactamente, desde 1584 y siempre se muestra antes de la muerte de algún miembro de la familia.

—Bueno, los médicos de familia hacen lo mismo, Lord Canterville. Amigo mío, un fantasma no puede existir y no creo que las leyes de la Naturaleza se alteren en favor de la aristocracia inglesa.

—Realmente son muy aficionados a la Naturaleza en Estados Unidos —dijo Lord Canterville, que no acababa de comprender la última observación del señor Otis—. Si no le importa tener un fantasma en casa, está bien, pero recuerde que le previne.

Algunas semanas después se llegó a un acuerdo. Finalizada la temporada, el ministro y su familia fueron a Canterville Chase.

La señora Otis, conocida como señorita Lucrecia R. Tappan, del 53 de West Street, había sido una célebre belleza de Nueva York. Ahora era una mujer hermosa, de mediana edad, con unos ojos preciosos y un perfil soberbio.

Muchas damas norteamericanas, al abandonar su país natal, adoptan una apariencia de enfermas crónicas y creen que eso les otorga cierta clase de refinamiento europeo, pero la señora Otis no cayó nunca en ese error. Tenía una naturaleza magnífica y una maravillosa exuberancia.

De hecho, en muchos aspectos, ella era muy inglesa y era un excelente ejemplo de que hoy en día tenemos casi todo en común con América, excepto, por supuesto, el idioma.

Su hijo mayor, Washington, fue bautizado con ese nombre por sus padres en un arrebato patriótico, que él no dejaba de lamentar. Era un muchacho rubio de buen porte que, por méritos propios, se había convertido en un candidato a la diplomacia norteamericana, dirigiendo el cotillón en el casino de Newport durante tres temporadas seguidas, sin contar que, en Londres, era considerado un excelente bailarín. Las gardenias y la nobleza eran sus únicas debilidades; para todo lo demás era bastante sensato.

La señorita Virginia E. Otis era una muchacha de quince años, esbelta y encantadora como un cervatillo; sus grandes ojos azules transmitían una gran franqueza.

Era una extraordinaria amazona y a lomos de su poni venció una vez en carrera al viejo Lord Bilton, dando dos veces la vuelta al parque, pasando por delante de la estatua de Aquiles con un cuerpo y medio de ventaja, lo que provocó el entusiasmo del joven duque de Cheshire que, enardecido, se le declaró de inmediato, por lo que aquella misma noche sus tutores tuvieron que enviarlo a Eton hecho un mar de lágrimas.

Después de Virginia vinieron los gemelos, a los que llamaban *Barras y Estrellas*, ya que siempre estaban enredados. Eran unos chicos encantadores y, a excepción del digno ministro, los únicos verdaderos republicanos de la familia. Como Canterville Chase estaba a siete millas de Ascot, la estación de ferrocarril más cercana, el señor Otis telegrafió para que fueran a buscarlos en carruaje descubierto, emprendiendo la marcha de muy buen humor. Era un atardecer de julio maravilloso, y en el aire se percibía el delicado aroma de los pinares.

De cuando en cuando se oía el dulce arrullo de las palomas torcaces o se entreveía, entre la maraña de helechos que susurraban, el pecho bruñido de algún faisán.

Unas ardillas pequeñas los espiaban desde los hayedos a su paso y los conejos se escabullían a través de los matorrales o sobre los cerros cubiertos de musgo, con sus blancos rabitos erguidos.

Pero, cuando entraron en el camino de Canterville Chase, el cielo se cubrió repentinamente de nubes. Un extraño silencio pareció invadir toda la atmósfera; una gran bandada de cornejas cruzó silenciosamente por encima de sus cabezas y, antes de que llegasen a la casa, ya había comenzado a caer algunas gruesas gotas de lluvia.

En la escalinata se hallaba para recibirlos una anciana, pulcramente vestida con seda negra, cofia y delantal blancos.

Era la señora Umney, el ama de llaves que la señora Otis, tras las reiteradas peticiones de Lady Canterville, accedió a mantener en su puesto. A medida que iban bajando, le hizo una leve reverencia a cada miembro de la familia y les dijo con la singular cortesía de antaño:

—Sean bienvenidos a Canterville Chase.

La siguieron, atravesando un hermoso vestíbulo de estilo Tudor, hasta la biblioteca, una habitación grande de techo bajo revestida de roble oscuro que terminaba en un ancho ventanal acristalado. El té estaba preparado y, una vez que tomó sus abrigos, la señora Umney lo sirvió; se sentaron y comenzaron a curiosear en torno suyo.

De pronto, la señora Otis dirigió su mirada sobre una mancha de un rojo oscuro que había sobre el suelo, al lado de la chimenea y, sin percatarse de lo que significaba, dijo a la señora Umney:

—Me temo que algo se ha derramado ahí.

—Sí, señora —contestó la señora Umney en voz baja—. Ahí se vertió sangre.

—¡Qué horror! —exclamó la señora Otis—. No quiero en absoluto manchas de sangre en una sala de estar. Es preciso eliminarla de inmediato.

La anciana sonrió y con el mismo tono quedo y misterioso respondió:

—Es sangre de Lady Eleanore de Canterville, que fue asesinada en ese mismo sitio por su propio marido, Sir Simon de Canterville, en 1575. Sir Simon la sobrevivió nueve años; desapareció de repente en extrañas circunstancias. Su cuerpo nunca se encontró, pero su alma en pena sigue vagando por la casa. La mancha de sangre ha sido muy admirada por turistas y visitantes, pero es imposible eliminarla.

—Tonterías —exclamó Washington Otis—. El quitamanchas y limpiador marca *Campeón Pinkerton* hará desaparecer eso en un abrir y cerrar de ojos. Y antes de que la aterrada ama de llaves pudiera intervenir, el joven ya se había arrodillado. Restregaba con vigor en el entarimado una barrita de una sustancia parecida a un cosmético negro. Al cabo de unos instantes, la mancha de sangre había desaparecido sin dejar rastro.

—Sabía que *Pinkerton* lo conseguiría —exclamó en tono triunfal, mirando en torno suyo a la familia, llena de admiración. Pero no había acabado de pronunciar esas palabras, cuando un relámpago tremendo iluminó la estancia sombría y el estruendo del trueno puso en pie a todos, menos a la señora Umney, que se desmayó.

—¡Qué clima más inhumano! —dijo tranquilamente el ministro, encendiendo un formidable puro—. Supongo que el viejo país está tan poblado que

no hay un tiempo decente para todo el mundo. Siempre opiné que lo mejor para Inglaterra era la emigración.

—Querido Hiram —replicó la señora Otis—, ¿qué podemos hacer con una mujer que se desmaya?

—Descontárselo del salario junto a los platos rotos, así no se volverá a desmayar.

La señora Umney no tardó en volver en sí. Sin embargo, se notaba que estaba profundamente conmovida y con voz solemne advirtió a la señora Otis que sucedería algún disgusto en la casa.

—Señores, he visto con mis propios ojos cosas que pondrían los pelos de punta a cualquier cristiano. Durante muchas noches no he podido pegar ojo a causa de los hechos terribles que sucedieron aquí.

A pesar de ello, el señor Otis y su esposa aseguraron apresuradamente a la buena mujer que no tenían ningún miedo a los fantasmas.

La vieja ama de llaves, después de suplicar a la Providencia la bendición para sus nuevos amos y de ingeniárselas para que le aumentasen el salario, se retiró a su habitación.

CAPÍTULO II

La tormenta se desató ferozmente durante toda la noche, pero no sucedió nada extraordinario. Al día siguiente, por la mañana, cuando bajaron a desayunar, encontraron de nuevo la horrenda mancha sobre el entarimado.

—No creo que tenga la culpa el *limpiador sin rival*—dijo Washington—, pues lo he probado sobre toda clase de manchas. Ha debido ser el fantasma.

Eliminó la mancha, y a la mañana siguiente reapareció. A la tercera mañana allí estaba de nuevo, a pesar de que la biblioteca había permanecido cerrada la noche anterior, porque el señor Otis se había llevado la llave arriba. Desde entonces, la familia empezó a interesarse por aquello. El señor Otis comenzó a creer que había estado demasiado dogmático negando la existencia de los fantasmas. La señora Otis expresó su intención de afiliarse a la Sociedad Psíquica y Washington preparó una larga carta a los señores Myers y Podmone, con respecto a la persistencia de las manchas de sangre relacionadas con un crimen. Aquella noche todas las dudas sobre la existencia real de los fantasmas se disiparon por completo.

La familia había aprovechado la frescura de la tarde para dar un paseo en carruaje. Regresaron a las nueve. Tomaron una ligera cena. La conversación no recayó ni un momento sobre los fantasmas, de modo que faltaban las condiciones más elementales de espera y de receptividad que preceden con frecuencia a los fenómenos psíquicos. Los asuntos que discutieron, por lo que luego supe por la señora Otis, fueron simplemente los habituales en la conversación de los norteamericanos cultos que pertenecen a las clases elevadas, como, por ejemplo, la inmensa superioridad de miss Fanny Devonport sobre Sarah Bernhardt, como actriz; la dificultad para encontrar maíz verde y galletas de alforfón en las mejores casas inglesas; la importancia de Boston en el desarrollo del alma universal; las ventajas del sistema que consiste en anotar los equipajes de los viajeros y la dulzura del acento neoyorquino, comparado con el deje de Londres.

No se trató para nada de lo sobrenatural, no se hizo ni la menor alusión indirecta a Simon de Canterville. A las once, la familia se retiró. A las doce y media estaban apagadas todas las luces. Poco después, el señor Otis se despertó con un singular ruido en el corredor, fuera de su habitación. Parecía un ruido de hierros viejos que se acercaban cada vez más. Se levantó de inmediato, encendió la luz y miró la hora. Era la una en punto. El señor Otis estaba tranquilo. Se tomó el pulso y no lo encontró alterado. Aquel extraño ruido continuaba, al mismo tiempo que se oía con claridad el sonar de unos pasos. El señor Otis se puso las zapatillas, tomó un frasco alargado del tocador y abrió la puerta. Vio frente a él, en el pálido claro de luna, a un viejo con un aspecto espantoso. Sus ojos parecían carbones encendidos. Una larga cabellera gris caía en mechones revueltos sobre sus hombros. Sus ropas, de corte antiguo, estaban sucias y hechas harapos. De sus muñecas y de sus tobillos colgaban unas pesadas cadenas y unos grilletes herrumbrosos.

—Mi distinguido señor —dijo el señor Otis—, permítame que le ruegue encarecidamente que engrase esas cadenas. Le he traído esta botella de lubricante *Tammany Sol Naciente*. Dicen que una sola aplicación es realmente eficaz y en la etiqueta algunas de nuestras eminencias más ilustres así lo reconocen. Voy a dejársela aquí, al lado de la mecedora; será un verdadero placer proporcionarle más, si así lo desea.

Dicho lo cual, el ministro de los Estados Unidos dejó el frasco sobre una mesa de mármol, cerró la puerta y se volvió a meter en la cama.

El fantasma de Canterville permaneció por un instante inmóvil por la indignación. Después tiró, lleno de rabia, el frasco contra el suelo encerado y huyó por el corredor, lanzando gruñidos lúgubres y despidiendo una extraña luz verde. Sin embargo, cuando llegó a la gran escalera de roble, se abrió de repente una puerta. Aparecieron dos siluetas infantiles, vestidas de blanco, y una voluminosa almohada le rozó la cabeza. Indudablemente, no había tiempo que perder; así es que, utilizando como medio de fuga la cuarta dimensión del espacio, se desvaneció a través del estuco y la casa recobró la tranquilidad.

Llegó a un pequeño cuarto secreto del ala izquierda, se inclinó hacia arriba contra un rayo de luna para tomar aliento y se puso a reflexionar sobre su situación. Jamás, en toda su brillante carrera, que duraba ya trescientos años, fue insultado de

forma tan grosera. Se acordó de la duquesa viuda, en quien provocó una crisis de terror, cuando se miraba al espejo, cubierta de brillantes y de encajes; de las cuatro doncellas a quienes había enloquecido, produciéndoles convulsiones histéricas, solo con hacerles muecas entre las cortinas de una de las habitaciones destinadas a invitados; del rector de la parroquia, cuya vela apagó de un soplo cuando volvía el buen señor de la biblioteca a una hora avanzada y que desde entonces se convirtió en mártir de toda clase de alteraciones nerviosas; de la vieja señora de Tremouillac, que, al despertarse a medianoche, lo vio sentado en un sillón, al lado de la lumbre, en forma de esqueleto, entretenido leyendo el diario que redactaba sobre su vida y que de resultas de la impresión tuvo que guardar cama durante seis meses, víctima de un ataque cerebral. Una vez curada, se reconcilió con la iglesia y rompió toda clase de relaciones con el ilustre escéptico *Monsieur* Voltaire.

Recordó igualmente la noche terrible en que el bribón de Lord Canterville fue hallado agonizante en su tocador, con una sota de espadas hundida en la garganta, viéndose obligado a confesar que por medio de aquella carta había timado la suma de 50.000 libras a Charles James Fox, en Crockford. Y juraba que aquella carta se la hizo tragar el fantasma. Todas sus grandes hazañas le volvían a la mente. Vio desfilar al mayordomo que se levantó la tapa de los sesos por haber visto una mano verde tamborilear sobre los cristales y a la bella Lady Stutfield, condenada a llevar alrededor del cuello un collar de terciopelo negro para tapar la señal de cinco dedos, impresos como un hierro candente sobre su blanca piel y que terminó por ahogarse en el estanque de las carpas al final del Paseo del Rey. Con el entusiasmo narcisista de un verdadero artista, pasó revista a sus creaciones más célebres.

Sonrió amargamente al recordar su última aparición en el papel de *Rubén el Rojo o el bebé estrangulado*, su debut con el *Guant Gibeon, el vampiro del páramo de Bexley*. Y el furor que causó una tarde encantadora de junio solo con jugar a los bolos con sus propios huesos sobre la hierba del campo de tenis. ¿Y todo para qué? ¡Para que unos miserables norteamericanos le ofreciesen el engrasador marca *Sol Naciente* y le tirasen almohadas a la cabeza! Era realmente intolerable. Además, la historia nos enseña que jamás fue tratado ningún fantasma de aquella manera. Llegó a la conclusión de que era preciso tomarse la revancha y permaneció hasta el amanecer en actitud de profunda meditación.